

La vida de un indocumentado

María Librada Marroquín González



La vida de un indocumentado



La vida de un indocumentado

María Librada Marroquín González

Colección Testimonios



© D.R. María Librada Marroquín González

© D.R. Fondo Editorial de Nuevo León

Diseño de la colección: Mario Cantú Toscano

Imagen de portada: Raquel Huerta

Cuidado Editorial: Mario Cantú Toscano y Felipe Montes

IMPRESO EN MÉXICO

ISBN 970-9715-22-4

¡Cuántos sueños, cuántas ilusiones, cuántas alegrías y, también, cuántas tentaciones siente un padre de familia cuando decide irse en busca de fortuna, en busca del sueño americano! Y cuánto sufrimiento cuando no se conoce la cruda realidad, cuando se deja a la familia, a las madres llorando, a los hijos pidiendo ver a su padre, y no hay ni una palabra que decirles porque ni el mismo padre sabe si regresará.

Cuántas lágrimas innecesarias de esposas, hijos y madres, pero en fin lágrimas. ¿Cuándo cesarán? Cuando tengamos una autoridad con corazón, que sienta el dolor de la discriminación, si es que la llega a haber algún día; y si así fuera, repicarían las campanas de alegría porque se habría hecho justicia a los indocumentados.

Lo que narra esta novela es verídico, y ha sido vivido por su autora. Únicamente los nombres fueron cambiados por razones obvias. Cualquier caso semejante será mera coincidencia.

La vida de un indocumentado

En una ciudad, como hay cantidad de ellas, vivía una familia con cinco hijos: tres hombres y dos mujeres. Los hijos se fueron casando, incluyendo a Felipe, nuestro protagonista. Felipe, a los quince años, se fue de mojado a los Estados Unidos, sin avisar a sus padres, pues sabía que no lo iban a dejar por el peligro que corren los emigrantes.

Él tenía unos cuates y juntos hicieron planes. Un día Felipe no llegó a dormir y, como es lógico, su madre, doña Panchita, quien padecía del corazón, no durmió en toda la noche debido a la angustia.

Por la mañana, muy temprano, ella le dijo a su esposo, don Teodoro:

—Felipe no vino a dormir en toda la noche, no se haya ido para el otro lado.

—No, mujer, cómo crees —le respondió él.

—Sí, la otra vez dijo que unos cuates se iban a lanzar al otro lado a trabajar. Mejor vamos a buscarlo con los muchachos con los que se junta —dijo ella.

—Bueno, vamos —contestó él.

Fueron a la casa de uno de ellos y no sabía nada; fueron con otro y también dijo que no sabía; fueron con otro más y éste les dijo que lo habían visto con otro amigo a quien le decían *El Oso*, y les dio indicaciones de dónde encontrarlo. Ellos se di-

rigieron a verlo. Al llegar tocaron y salió una joven, a quien le preguntaron:

—¿A tu hermano le dicen *El Oso*?

—Sí —contestó la joven—. ¿Por qué?

—¿No sabes si tu hermano se iba a ir al otro lado?

—Sí, se fueron anoche.

—¿No sabes quién más iba con él? —preguntaron angustiados los padres de Felipe.

—Iban dos muchachos más.

A la madre de Felipe le dio un brinco el corazón y describió a su hijo para ver si la chica lo reconocía. Ella le contestó que él era uno de ellos.

—¡Virgen Santísima! —exclamó la señora— ¿A dónde irán a parar?

—No se mortifique, señora: al pasar el río va a estar un primo de nosotros y él les va a conseguir trabajo en un restaurante. Además, me dijo que nada más llegando me iba a llamar por teléfono para saber que llegaron bien. Venga mañana por la noche y ya le tendremos noticias.

La señora le dio las gracias en el momento en que la madre de la muchacha se asomó para ver quiénes eran los que preguntaban por su hijo.

—A usted, señora, como madre, le encargo mucho que le pregunte por Felipe.

—Sí —le contestó ella—, no se preocupe.

La mamá de Felipe se retiró llorando y pensando en miles de cosas: que si los pescaban, que si se ahogaban, que si los mataban. ¡Pobre madre! Y así como ella hay muchas más, miles y miles.

Para esta pobre madre fue un golpe muy duro porque el muchacho era un joven inexperto. ¿Qué iba a ser de él? ¡Sólo Dios lo sabía! Ella sólo rezaba y rezaba.

Al siguiente día fueron al atardecer, ella ya no soportaba la angustia de no tener noticias. Llegaron a la casa del muchacho y, para su buena suerte, ya tenían noticias de todos los muchachos. No habían tenido ninguna complicación. A esta pobre madre se le estrujaba el corazón nada más de pensar en su hijo.

Pasó alrededor de un mes. De repente alguien la llamó por teléfono: era su hermana que vivía en Estados Unidos. Le avisaba que Felipe había contactado a uno de sus hijos para que fuera por él a Dallas, Texas, y que éste ya había ido por él, un favor tan grande por el cual seguramente Dios lo iba a bendecir, y que le comentó que se iba a quedar un tiempo si conseguía trabajo.

Como en todas las familias, en ésta había reglas. Por lo tanto, sus familiares empezaron a notar en Felipe detalles tales como que no ayudaba en nada, no salía a buscar trabajo y nada más se la pasaba viendo la televisión. Pero eso sí, tenía muy buen apetito. En fin, como dice el dicho: “el muerto y el arrimado a los tres días apestan”.

Un día doña Panchita recibió una llamada de su hermana, quien le comentó la situación con respecto a Felipe. La madre le respondió:

—Mándamelo inmediatamente el fin de semana. Yo sé que de la fábrica donde trabaja tu marido vienen para acá cada ocho días, yo aquí les pago todos los gastos. Tú no tienes necesidad de batallar, ya con tus hijos tienes. Mándamelo este fin de semana.

La pobre señora seguía angustiada, pero feliz, porque ya pronto tendría a su hijo de regreso. Y así fue, ese fin de semana lo trajeron unos compadres y no quisieron cobrarle nada.

Cuando el joven llegó a su casa, sus padres lo regañaron y le preguntaron que por qué lo había hecho, que por qué se había ido así sin avisar. ¿Acaso no había pensado en sus padres? Él nada más agachó la cabeza, avergonzado; también le dijeron que no se le ocurriera volver a hacerlo, porque ahora sí los iba a matar de la preocupación.

Felipe no había estudiado más que la secundaria, así es que no había forma de conseguir otro trabajo que de ayudante de albañil o irse con su abuelo materno, que tenía un tractor y una *trailita* en la cual acarreaban leña para vender.

Felipe decidió irse con su abuelo a trabajar al campo. Él era feliz allí porque le gustaba mucho esa vida. Se iban a cazar conejos y tlacuaches y se los comían asados. También era muy bueno para manejar la hulera y a veces traían una o dos liebres. En ocasiones se las comían en el mismo campo. El joven aprendió a desenraizar hierba, a componer cercas, a cortar leña. También aprendió a componer el tractor. Él era muy mandable.

Tenía varios amigos: Isidro, Valdemar, Samuel y Sebastián. Éstos eran con los que más se juntaba, aunque también había otros. Felipe tenía una bicicleta que su abuelo le había regalado para que se trasladara a donde quisiera. A él lo que más le apasionaba era ir a cazar, pero también se divertía jugando carreras con sus amigos. Todos se divertían sanamente, todo lo compartían. Si hacía frío y él traía una camisa gruesa, y uno de sus amigos no, entonces se la regalaba, y lo mismo hacía

con las chaquetas. Cuando su madre le preguntaba por tal o cual prenda, él respondía:

—Se la di a un amigo porque estaba haciendo mucho frío y él no traía nada.

—¡Ay, hijo! —le decía su madre— tú todo regalas.

Doña Panchita le vivía comprando ropa en el mercado rodante; claro, no muy cara, pero como quisiera le costaba.

Pasó el tiempo y Felipe conoció a Nora, una muchacha muy bonita, y se enamoraron. Se escribían cartitas que nada más ellos entendían porque, como no habían aprendido muy bien en la escuela, escribían un poco mal. La chica vivía en una ciudad vecina, a una hora de camino en camión. Él iba a veces cada quince días o a veces cada mes a verla, pero se hablaban por teléfono muy seguido. Los padres de ella ya sabían del noviazgo y los de él también.

Pasó el tiempo y él empezó a buscar más trabajo como ayudante de albañil; un día le dijo a su mamá:

—Madre, quiero casarme.

—Pero, hijo —le contestó ella—, tú sabes que estamos muy amolados y que no podremos ayudarte mucho.

—No, mamá, ya hablé con ella y está de acuerdo en que nada más tendremos una camita y ya. Además, su familia también está de acuerdo y lo único que piden es que salga de blanco.

—Bueno —dice la señora—, tendremos que ir a hablar con los papás de Nora.

Los señores estuvieron de acuerdo y se arregló que ellos pondrían la comida y los padres de Felipe pagarían el vestido de novia. Todos estuvieron de acuerdo, y era natural, ya que las hijas y nueras de los dos matrimonios así se habían casado.

Las dos familias ultimaban detalles, tales como dónde iban a vivir Nora y Felipe, y acordaron que en la casa de él, porque allí había una recámara que estaba sola y era muy amplia.

Doña Panchita mandó hacer el vestido, el velo y lo demás, con una comadre que sabía coser muy bien. Ya cuando todo estuvo listo, Nora y Felipe hablaron con el juez para que los casara y así lo hizo. Nada más estuvieron presentes las familias de ambos. Todo estuvo muy bien. Les tomaron fotos de estudio y la madre de Felipe mandó publicar una de ellas en el periódico de la ciudad.

Cuando todo terminó, ella se mudó a la casa de él. Doña Panchita, que siempre había sido muy respetuosa con todos, también respetaba a la pareja; nunca se metía con ellos. Él siguió trabajando como ayudante de albañil y, de lo que ganaba, una parte le daba a su mamá para los gastos y otra a su esposa.

En la casa también vivían dos hermanos más, pues las dos mujeres, al igual que Felipe, ya se habían casado. Los hermanos que todavía vivían allí eran Emilio, el más chico, y Dionisio, el mayor.

Dionisio y Felipe no se llevaban muy bien, y casi no se hablaban. Entre ellos había cierta rivalidad porque uno era muy inteligente, había estudiado, tenía muy buen trabajo y además carro, y el otro ni era inteligente, no tenía un buen trabajo y sólo tenía una bicicleta. Felipe se la pasaba trabajando y no se presentaba en la casa sino hasta que Dionisio salía. La madre se daba cuenta de esto, pero no sabía qué hacer porque los dos eran sus hijos, y sólo sufría calladamente.

Don Teodoro ni cuenta se daba de esta situación, porque se la pasaba trabajando, y su mujer no le decía nada para que no se mortificara.

Cuando Nora se embarazó todo era felicidad para esta familia. Panchita le aconsejaba que se cuidara y Nora, por su parte, le ayudaba en lo que podía.

Doña Panchita guisaba para todos. A ella le gustaba hacerlo, quizá porque siempre había tenido un don para preparar la comida. A sus hijos que vivían cerca siempre les ofrecía un platito de comida, y ella sentía que Dios se la multiplicaba. También a los vecinos les ofrecía algo de alimento. Todos en el barrio decían que ella era de muy buen corazón. Doña Panchita afirmaba que éstos eran los principios que le había inculcado su madre desde chiquita. También Felipe había heredado sus buenos sentimientos y su bondad, ya que continuamente regalaba la ropa a sus amigos que tenían menos que él.

Un día hubo una cenita de fin de año donde nada más estaba la familia y uno que otro amigo de Felipe. Don Teodoro compró para ellos dos cartones de cerveza, mientras él, su hijo Dionisio y unos amigos de éste tomarían vino. Todos estaban conviviendo muy a gusto y en armonía cuando a Felipe se le ocurrió sacar la grabadora y poner la música a todo volumen. Esto no le pareció a Dionisio y le dijo que le bajara. Felipe se enojó y se salió junto con sus amigos. Doña Panchita se quedó mortificadísima y sin saber qué hacer.

Este problema acrecentó la rivalidad entre los dos hermanos, y doña Panchita le dijo a su esposo:

—¿Sabes qué, Teodoro? Ésta es la última pachanga que se hace en esta casa; no quiero volver a pasar por esto. Prefiero que ya no nos reunamos y que cada quién festeje donde quiera.

De ahí en adelante, en esa casa no se festejaron ni cumpleaños ni navidades ni día de las madres, es decir, ya no se festejó nada para evitar problemas.

El tiempo pasó y Nora tuvo una hija, Juanita. La niña, al cuidado de su madre y de su abuela, con la cual estaba muy encariñada, crecía rápidamente, o al menos eso les parecía.

Cuando había dinero, Nora visitaba a sus padres; también había ocasiones en que doña Panchita le daba para que fuera a verlos.

Un día a uno de sus yernos, que era pintor de carros, le dijeron que había mucho trabajo en Estados Unidos, y él decidió ir a probar suerte allá. Sacó el permiso, se lo dieron por seis meses y se fue. Allá se puso a trabajar de inmediato, y ganaba muy buenos dólares. Este yerno de doña Panchita habló con su esposa y le comentó que su patrón quería otro muchacho para trabajar, y él había pensado en Felipe, su cuñado. Sin embargo, Felipe no tenía papeles, pero como siempre hay coyotes o polleros que pasan gente por el río cobrando una muy buena lana, se animó a irse, y más porque su cuñado le dijo que el patrón le iba a pagar los gastos.

En esta ciudad no le fue difícil dar con uno de esos coyotes, pero éste pasaba indocumentados utilizando pasaportes de otras personas. Aleccionó a Felipe de lo que tenía que responder, pero él lo pensó de nuevo y decidió no arriesgarse a pasar por el puente. Él bien sabía que no la iba a hacer porque, como no sabía leer bien, iba a tartamudear y se iba a descubrir. Por ello, le dijo al coyote que lo iba a pasar que mejor no, y le preguntó por otra forma de pasar. El pollero le contestó que sí, pero que a pie, y que había que sacarle la vuelta a las brechas. Le explicó cómo estaba la situación. Felipe contestó que

por allí sí se iba. La mamá, que conocía muy bien a su hijo, pensó resignada: “Sí, por allí sí la hace porque está impuesto a caminar kilómetros y sin tomar agua y, también porque a él le gusta mucho el campo”.

Y así lo hizo este muchacho. Caminó kilómetros y kilómetros y le ayudó a una señora, que también iba para allá, a cuidarle a una niña. Pasaron la frontera y llegaron a donde los estaban esperando, como les había dicho el pollero. Estando allá, el joven se sentía lleno de ilusiones por los dólares que iba a ganar.

Cuando a doña Panchita le preguntaban que si su hijo continuaba en Estados Unidos, ella respondía que sí con un dejo de amargura.

Después de un tiempo, Felipe habló por teléfono. Contestó una de sus hermanas, que se encontraba ahí cuidando a doña Panchita, quien estaba acostada, pues se sentía peor del corazón desde que Felipe se había marchado. Cuando la señora oyó que su hija hablaba por teléfono, su instinto de madre le dijo que algo pasaba; se levantó de la cama y, sin hacer ruido, alcanzó a escuchar que decía:

—¿Y no quieres que mamá sé dé cuenta?

Le arrebató el teléfono y preguntó:

—¿De qué no quieres que me dé cuenta?

Su hijo le contestó:

—Está bien, te lo voy a decir pero, me digas lo que me digas, no voy a cambiar de idea.

—¿Pues qué vas a hacer, Felipe?

—Me voy a ir más lejos —le contestó Felipe—, porque dicen que allá no llega la migra.

—Pero hijo —pregunta doña Panchita—: ¿a dónde te vas a ir?

—A Florida. Dicen que allá pagan muy bien. Además, este trabajo no me gusta.

¿Qué podría hacer esta pobre madre, desde tan lejos, por ese hijo que ya había decidido irse?

—¡Ay, hijo! Si te vas a donde quieres irte, háblame cuando llegues, aunque sea por cobrar, para saber que llegaste bien.

—Sí, mamá —le contestó él.

Al escucharlo tan decidido, no le quedó a la madre más que pedirle a Dios y a la Virgen María que lo cuidaran. Ella siempre pedía por Felipe y por todos los que, como él, andaban de mojados.

Felipe y su cuñado llegaron a Florida y al día siguiente le llamaron a doña Panchita desde una gasolinera. Le dijeron que ya habían llegado y que iban a pedir trabajo, que no se preocupara y que le seguirían llamando.

Así pasó el tiempo. Felipe a veces llamaba cada quince días, pero en ocasiones se tardaba hasta un mes. Siempre lo hacía por cobrar y el recibo llegaba muy alto. Hablaba con su esposa Nora y luego colgaba, pero nunca decía nada de mandar dinero. Tal vez no lo hacía porque estaba muy lejos o porque no tenía papeles, los cuales se necesitaban para todo.

Mientras tanto, Nora y su hija se quedaron bajo la responsabilidad de doña Panchita y hasta para ir a ver a sus padres tenía que pedirle permiso a ella. Incluso tenía que pedirle dinero para ir a verlos, como lo hacía cada fin de semana, y eso era otra angustia para la pobre doña Panchita, ya que esperaba con ansia el regreso de las dos.

El muchacho y un amigo consiguieron un cuartito y juntos pagaban la renta. Felipe era muy mandable y pronto se ganó el cariño de los propietarios, la señora Lupe y el señor Marcelo,

así como de los hijos de éstos: Jesús, Marcela y Guadalupe. Felipe también se encariñó con todos ellos. A los pequeños les regalaba piñatas cuando cumplían años, además de comprarles dulces y darles un dólar de vez en cuando para que se compraran lo que quisieran. Allí Felipe vivió cerca de tres años.

Felipe encontró trabajo en la pizca de naranja, toronja y mandarina. Tenían que seleccionarlas y había que dejar tiradas las que no daban el tamaño, pero él las recogía en un costal y se las regalaba a sus vecinos.

Mientras tanto, en México, su pobre madre se consumía por la ausencia de su hijo pródigo. Un día él le llamó y le dijo:

—Mamá, me voy a ir de aquí. Mi amigo Luis se va a ir conmigo. Él dice que allá no nos va a faltar trabajo.

Ella le dijo que estaba bien, ¿qué más le podía decir? Sólo que lo bendijera Dios. También le pidió que no dejara de llamarle. Ella se aguantó las ganas de llorar, pero nada más colgó y soltó el llanto.

La esposa de Felipe iba más seguido a su casa, pues ahora recibía dinero. Panchita notaba que, cada vez que regresaba, venía triste y casi no salía de su cuarto, incluso notó que lloraba. Un día le dijo:

—Mira, mi hijita: yo sé que te pasa algo. Quiero que me platiques qué te pasa. Mira, yo también fui joven, soy madre y quiero ser tu amiga. Dime, ¿qué te pasa?

Ella le contestó:

—Lo que pasa es que mis cuñadas y hermanas me dicen que a lo mejor Felipe ya tiene otra mujer allá —y empezó a llorar otra vez.

Doña Panchita le dijo:

—No te creas: lo que pasa es que a ellas nunca las han dejado solas por un tiempo sus esposos; pero yo te aseguro que son mentiras, que lo único que quieren es mortificarte. Y si tú quieres irte a tu casa, puedes hacerlo, nada más le pides permiso a Felipe y nosotros vamos y te dejamos con todo allá.

Ella respondió que sí, que quería irse con sus papás. Llamaron a Felipe y él le dijo que estaba bien. Doña Panchita le dijo a Nora:

—Nada más una cosa te voy a decir: si te vas de aquí ya no vas a volver. Tú sabes cuánto queremos a la niña y cuánto nos quiere ella a nosotros, y no deseamos que sufra cada vez que vengas. Únicamente podrás quedarte cuando la niña tenga vacaciones o hasta que regrese Felipe.

—Está bien —contestó ella.

Don Teodoro y doña Panchita fueron a dejarla. Para ellos fue un golpe muy duro, puesto que estaban engreidísimos con su nieta, Juanita. Al regresar a su casa y encontrarla vacía y sin nadie que hiciera ruido, se sintieron muy tristes. Panchita se puso a rezar y a pedirle a Dios por su nietecita.

Felipe consiguió otro trabajo mejor y bien pagado. Él cortaba el césped y casi todo el año había trabajo; únicamente escaseaba cuando había lluvia.

Felipe se encontró en el trabajo con unos camaradas que había conocido en otro pueblo, Ramón y Jacinto. A ellos les dio mucho gusto encontrarlo de nuevo.

Felipe seguía siendo muy buena persona, sólo que ahora ya se echaba sus cervecitas; él decía que porque así se acordaba de sus padres, de su mujer y de su hija.

Doña Panchita, un día que llamó, le dijo:

—Hijo, mira todo lo que hemos sufrido y tú sigues igual: ni te vienes ni ahorras. Ya no quiero que llames hasta que tú pagues la llamada. Las cosas aquí están muy difíciles y tú allá emborrachándote. Tu papá no gana más que para pagar el teléfono. Está muy difícil aquí. Piénsalo. Ponte a ahorrar.

Él nada más contestaba:

—Sí, mamá... sí, mamá.

Pero ella sabía que él no iba a cambiar.

Pasó el tiempo y él seguía de ilegal. Un día llamó a su madre y le dijo:

—Fíjate que aquí hay señoras a las que uno puede pagarles para casarse con ellas y en seis meses te arreglan los papeles.

Ella le dijo:

—¡Ay, hijo! ¡No lo vayas a hacer porque, cuando les digas tú que ya no quieres seguir casado, ellas mismas te echan a la migra!

Él le contestó:

—Bueno, mamá, está bien, no se mortifique.

Cuando, tiempo después, volvió a llamar, le dijo a su madre:

—Fíjate que ya vas a ser abuela otra vez.

—¡Pero cómo fuiste capaz de hacer semejante burrada!

—Perdóname, mamá, pero ya estoy viviendo con una gringa que tiene casa y carro y que dice que se enamoró de mí.

—¡Ay, hijo de mi vida! —le dice ella— ¿Y cómo le vas a hacer acá con la familia?

—Un día se lo digo a Nora —dijo él—; pero es que acá solo, nada más con los amigos, pues...

—Bueno, hijo, pues ya ni modo. Ya está hecho y ya no hay nada qué hacer, y dime: ¿cuánto tiene de embarazo tu mujer?

—Dos meses —contestó él.

—Bueno —le dijo su mamá—, ya no me queda más que seguir pidiéndole a Dios y a la Virgen de Guadalupe que los siga cuidando.

En la casa de la señora con la que vivía Felipe había teléfono, y ahora sí hablaba más seguido. La mujer, llamada Felisa, vivía cerca de la casa de unos amigos de Felipe, y por ellos se conocieron. Se gustaron desde el principio y luego se juntaron. La familia de ella lo apreciaba mucho. El único detalle era que él no hablaba bien inglés, aunque sí entendía muchas cosas.

Ambos estaban felices con la espera de su bebé; ya se habían dado cuenta, por el examen de ultrasonido, de que era niña. Después, cuando nació, no tuvo complicaciones y estaba bien.

El deseo de conocer a su nueva nieta fue otra mortificación para su abuela. No podía decir nada a nadie, y sólo a su hermana le contaba sus penas. Quería juntar dinero para ir a verla, pero el pasaje estaba muy caro y lo poco que ganaban se les iba en puros pagos.

Felipe mandaba poco dinero. Le decía a Nora que vivía con tres amigos y tenía que cooperar para la renta, y como allá el peso era peso y era donde rendía, pues...

Doña Panchita le aconsejaba que se portara bien con su pareja y que formara una familia feliz. Ella pensaba: “Al fin y al cabo que no es el único hombre que vive con dos mujeres, lo bueno es que viven una muy lejos de la otra”.

Cuando él llamaba y Nora estaba cerca, doña Panchita se concretaba a decir que estaba bueno, que todos estaban bien, y también le decía que se tenía que ir a un mandado. A ella no le gustaba decirle mentiras a Nora.

Un día fue y le confesó al padre el calvario por el que estaba pasando por lo de su hijo, y que tenía que mentir cuando estaba alguien más de la familia con tal de que no se dieran cuenta de la doble vida de Felipe.

Cierto día la llamó Felipe y le dijo:

—Angélica ya va a cumplir dos años y queremos que vengan papá y tú a conocerla. Les voy a mandar dinero para el pasaje de ida y vuelta.

Ella se puso muy contenta con la noticia y acudió con el médico para ponerse en tratamiento. Alrededor de un mes antes, se hizo varios electrocardiogramas para ver cómo seguía del corazón. A ella no le importaba si al ver a su hijo se moría allá, al fin que sus otros hijos ya la habían visto todo este tiempo. Ella se decía: “Él también tiene derecho a verme aunque sea la última vez”.

Doña Panchita se lo imaginaba flaco, bien barbón, con el pelo largo y mal vestido.

Felipe ya sabía cómo se pondría su madre, así que le avisó a una tía que tenía en Houston para que se viniera con ellos. De todos modos tenían que llegar con ella para que descansaran unos dos días, ya que el viaje duraba cerca de veinte horas. Cuando llegaron a la casa de la tía, ella les dijo que los iba a acompañar y que iban a partir a la noche siguiente. Doña Panchita se alegró de que ella también fuera con ellos porque, como hablaba inglés, sabía que —si se llegaba a morir— ella se encargaría de llevarla a enterrar a su pueblito.

La noche de la partida se bañaron, cenaron algo ligero y se prepararon para el viaje. Salieron a las ocho de la noche y llegaron a las cuatro de la mañana. Fue un viaje muy pesado por tantas horas de camino, pero la felicidad de ver de nuevo a su

hijo le daba a doña Panchita valor para vivir. El médico le había recomendado que, cuando faltara media hora para llegar, se pusiera un parche y una pastilla sublingual para prevenir el infarto. Preguntaba ansiosa que cuánto faltaba para el momento más esperado por tanto tiempo.

Conforme pasaban las horas, ella permanecía al tanto, y ya cuando faltaban treinta minutos hizo lo que el médico le había indicado. Pronto llegaron a la terminal; ella no sabía cómo iba a ver a su hijo. Él ya estaba allí, esperándolos. Con él venía Felisa. Él abrazó a su madre tan fuerte que ella casi se desmaya, después abrazó a su papá y a su tía. Doña Panchita estaba mareada, todo le daba vueltas y no sabía si lo que estaba viviendo era cierto o mentira. Pero sí, era cierto. Luego Panchita preguntó por su nueva nieta y le dijeron que la habían dejado con la abuelita de Felisa porque no iba a caber.

Inmediatamente fueron por ella. La pequeña Angélica estaba muy linda, idéntica a Juanita, como una gota de agua a otra. La niña, como si los conociera, se abrazaba del abuelo y de la abuela. Doña Panchita todavía creía estar soñando. Todo era algarabía.

Doña Panchita le llevaba un vestido de fiesta, juguetes y accesorios para el pelo, porque lo tenía largo y rizado como el de su papá. También le regaló ropita típica de Nuevo León. A su hijo y a su nuera también les obsequió ropa.

Después de que cenaron, Teodoro, Panchita y su hermana se bañaron. Para que los recién llegados pudieran descansar mejor, Felisa y Felipe los dejaron ahí, y se fueron con Angélica a dormir a la casa de la abuelita de Felisa, la cual vivía a una cuadra.

A la mañana siguiente, Felisa y Felipe regresaron con la niña a su casa y después ambos se fueron al trabajo. Angélica se quedó con sus abuelos, y se abrazaba de Teodoro como si lo hubiera visto siempre. Doña Panchita se puso a prepararle la comida que tanto le gustaba a Felipe. Él trabajaba medio día porque le gustaba estar más tiempo con la niña.

Al otro día Angélica tuvo que ser internada porque toda la noche había estado quejándose de un dolor de estómago. Llamaron a una ambulancia y se la llevaron al hospital, donde le realizaron varios estudios. Todas las tardes se iban al hospital. Allí festejó sus dos años. ¡Pobrecita! Con suero y toda picoteada por los análisis que le practicaban. Le hacían análisis de sangre, de orina, de excremento. Le tomaban radiografías para saber lo que tenía. ¡Pobre niña! Ni disfrutó su cumpleaños.

Doña Panchita, su esposo y su hermana se tuvieron que regresar, y la pobre niña se quedó en el hospital.

¡Qué triste y pesado fue para doña Panchita dejar a ese pedacito de carne, que era su hijo, y tener que regresar!

Tuvo que prepararse como en su anterior partida, nada más que, ahora que ya había visto a Felipe, era más doloroso, pues no sabía si lo volvería a ver. También le causaba dolor tener que despedirse de esa niña hermosa, y salió llorando a mares del hospital y, como autómatas, por no haber disfrutado a su nieta. El viaje de regreso se le hizo interminable, pero acá también había dejado a sus otros nietecitos.

Siguieron hablándose continuamente por teléfono. Así se enteró de que a la niña la habían tenido que operar; pero todo había salido bien, y eso era lo más importante.

Aquí muchos le preguntaron y doña Panchita ya no pudo mantener la mentira. Ya no pudo negar a la niña. Trajo infinidad de fotografías, pero a Nora nada más le enseñó donde aparecía Felipe. No quería causarle penas. Pero Nora ya sabía de la existencia de la otra mujer y de la niña, y se lo dijo a doña Panchita. Ella le preguntó que cómo se había enterado y Nora le dijo que Felipe mismo se lo había contado hacía tiempo. Que la única que no sabía nada era Juanita; no sabía que tenía una media hermana.

Doña Panchita ya no tenía que guardar ningún secreto. Cuando se fue a confesar con el sacerdote, él le había dicho que, el día que regresara, Felipe tendría que responder a las preguntas que su hija le hiciera.

Doña Panchita se decía que ahora sí ya podría morir tranquila, puesto que ya había visto a su hijo y a su nietecita. Ahora sí, el día que quisiera arriesgarse a venir, que Dios lo ayudara.

Un año después del viaje, doña Panchita le dijo a su esposo:

—¿Cómo ves si vamos a pasar la Navidad y el Año Nuevo con Felipe?

—Bueno —le respondió él—, al cabo que ya sabemos lo que cobran, y de regreso que él nos dé lo del pasaje.

Ahora ya no se preocupaban pues ya sabían a dónde llegar. Le avisaron que de regalo de Navidad irían a verlo y que ahora sí se iban a quedar más tiempo. Él estaba feliz.

Así lo hicieron. Tomaron el autobús. Ella ya no se sentía tan mal porque ya sabía dónde y cómo estaba su hijo. Incluso fueron a saludarlos aquellos amigos con los que Felipe cruzó la frontera por primera vez. También doña Lupe y don Marcelo fueron a visitarlos junto con uno de sus hijos, el más chico. Doña Lupe les contó cómo habían llorado a Felipe cuando se

cambió para acá. Todavía lo seguían visitando porque lo apreciaban mucho.

Felipe se sentía feliz porque todos lo aceptaban tal y como era. Él era muy bueno y servicial, no faltaba a quién se le descompusiera algo y él se lo arreglara sin cobrar.

Felipe ya había aprendido muchas cosas, como cambiar tubos, instalar el gas, colocar carpetas y alfombras. También sabía algo de carpintería. Todo esto lo hacía para sus amigos y sin cobrarles nada, únicamente por su amistad.

Allí, cerca de la casa de la pareja, había una *trailer* chica. En ella vivía un anciano a quien Felipe le llevaba comida. Él había aprendido a guisar desde que vivía con su abuelo. Cuando vivía con sus amigos, cooperaban para comprar las cosas y él se las preparaba, y luego le pagaban por guisarles. El caso es que a ese ancianito le llevaba los calditos. Felipe le preguntaba al anciano si no ocupaba algo de la tienda y éste le encargaba cigarros y comida para los gatos.

El anciano tenía hijos que nada más iban a verlo como visita de doctor, pero pronto se iban, pues su padre tenía la casa hecha un asco. Felipe le arreglaba el zacate, barría y sacaba el mugrero de los gatos. Los amigos le decían:

—Tú sí eres zonzo, qué te mortifica ese anciano.

A lo que él les contestaba:

—Ustedes déjenme a mí. Soy yo y no ustedes quien lo está haciendo.

Así, entre bromas y corajes, vivía Felipe.

Un día el ancianito se puso mal y sus hijos vinieron a verlo. Entre todos decidieron llevarlo a una casa de reposo. Tiempo atrás, el hombre les había advertido a sus hijos que, en caso de que algo le pasara, le regalaran la *trailer* a Felipe, ya que, a di-

ferencia de sus hijos, él había sido el único que se había ocupado de él en todo este tiempo. Y así, le entregaron las llaves a Felipe.

A Felipe le dio mucho gusto, llamó por teléfono a su madre y le contó todo. Ella se puso a llorar de felicidad. Allí quedaba demostrado que “al que obra bien, bien le va”.

Felipe se dedicó a reparar la *trailer*: le puso paredes nuevas de madera, alfombra y baño nuevos también. Compró una estufa y un refrigerador muy barato en una pulga. Todo esto lo hizo con mucho esfuerzo y trabajo, y finalmente la rentó.

Doña Panchita se llenaba de orgullo al hablar de su hijo Felipe.

—Tanto que sufrió —dice ella—, y ahora ya es dueño de una casita. Es de no creerse, pero es la realidad.

Pero no todo era felicidad. Su mujer se volvió muy quisquillosa: ya no quería que viera a sus amigos ni que tomara cerveza. Nada más quería que estuviera encerrado cuidando a la niña. Cuando a ella le tocaba descanso, se la pasaba acostada todo el día; pero, cuando era él quien descansaba, tenía que cuidar a la niña. Se peleaban continuamente; no a golpes, pero sí verbalmente. ¿Qué iba a aprender esa niña? ¿Todas las palabras altisonantes que ella le decía a Felipe, y claro que él no se quedaba atrás. Ella, como era gringa, le gritaba a Felipe que era un “perro mojado” igual a esa basura que eran sus amigos. A él no le gustaba que ella insultara a sus amigos porque los apreciaba de corazón. Así es que casi todos los días había pleitos.

Él le daba para la mitad de todos los gastos, pero a ella lo que más le molestaba era que tomara cervezas con los amigos.

Doña Panchita ya no sabía a qué santo encomendarlo, pues había ocasiones en que le llamaba tomado y le decía:

—Mamá, estoy tomando porque Felisa me corrió y ya no quiere verme.

Doña Panchita le preguntaba por la niña y él le decía que ella sufría por eso, porque cuando la veía, ella corría a abrazarlo y le gritaba “papi, papi”.

—Es natural —le contestó doña Panchita—, la pobrecita no sabe nada.

Felisa lo ponía delante de los amigos como una mugre y, aunque Felipe a veces creía serlo, eso le dolía. Y doña Panchita, como se encontraba tan lejos, sólo confiaba en Dios para que todo se arreglara.

Doña Panchita sufría y vivía enferma, pero no le decía nada a él por no mortificarlo.

—¿Para qué? —se decía— Si está tan lejos.

Felipe, de todos modos, siempre se responsabilizó de Nora y de Juanita, su hija. Les mandaba dinero cada quince días, y más ahora que la niña ya estaba en sexto y pronto entraría a la secundaria, y necesitaría de más ayuda económica.

A doña Panchita no le gustaba escuchar las noticias: no veía la televisión, no leía el periódico, porque siempre había noticias de indocumentados: que un trailer que iba lleno de ellos los dejó allí y murieron asfixiados, que pescaron una camioneta llena de personas que no traían papeles, que en el desierto se encontraron hasta a un recién nacido y a su madre muertos... En fin, no había día en que no hubiera ahogados, asfixiados, víctimas de muchas desgracias. ¿Qué pasaba con la migra que no los podía salvar y regresarlos a su lugar de origen?

¡Ya basta! Pero la culpa de todo la tienen los presidentes de las naciones porque no crean nuevas fuentes de empleos, ni apoyan a las personas para que ya no sean tan pobres y que ya no tengan que irse a otros países. Las autoridades sólo se dedican a capturar a algunos capos, pero no a los grandes. No: éstos actúan como si fueran los dueños de los países y echan a perder la vida de muchos niños. Cuántas madres y padres no saben que sus hijos ya no existen. Cuántos matrimonios dejan huérfanos a sus hijos por lo mismo.

Aunque doña Panchita sabía en dónde estaba su hijo, como quiera le dolía oír esas noticias. Y como no sabía si algún día lo volvería a ver, rezaba todos los días por él. También rezaba por aquellos que habían dejado su patria y vivían a salto de mata.

Doña Panchita sufría calladamente por todo lo que le pasaba a su hijo y rezaba por que su mujer ya no lo ofendiera de esa forma.

En una de esas ocasiones en que Felipe se salió de la casa, le comentó a su madre:

—Si Felisa quiere que vuelva, ahora yo le voy a poner mis condiciones.

Doña Panchita no se explicaba por qué su nuera se enojaba, si ella misma le compraba las cervezas; como allá no vendían los domingos, ella le compraba para que él tuviera suficientes.

Felisa lo había conocido así, siendo un mojado sin papeles, pero ahora se lo echaba en cara. ¿Por qué le daba coraje que él viera a sus amigos? Doña Panchita pensaba que lo que Felisa necesitaba era ver a un psicólogo y plantearle el problema que tenía. Tenía que contarle que cuando ella era chiquita su padre los abandonó por la bebida y que quizá

Felipe era igual. Felisa no quería que la niña lo viera tomar, pero él lo hacía sólo ocasionalmente, después de haber cumplido un día de trabajo.

Pobrecita Felisa, no tenía quién la aconsejara sobre cómo tratar a la persona que vivía con ella. Su mamá murió cuando ella estaba embarazada. Tenía a su abuela, pero estaba enferma: le había dado una embolia. También tenía una hermana, pero era muy joven y tenía una bebé pequeña.

Ella no sabía hacer de comer, nada más comían pizzas, pollo frito y hamburguesas. Él le preparaba la comida estilo Nuevo León a su hija. Le hacía sopas, papitas, calditos, entre muchos otros platillos. Angélica lo adoraba y ya sabía hablar el español, pero nada más lo utilizaba con su padre porque todas las demás personas que la rodeaban hablaban puro inglés.

A doña Panchita le dolía lo que estaba pasando con su hijo Felipe; pero, ¿qué podía hacer? Ellos estaban tan lejos y ella estaba acá, nada más imaginándose cosas.

Felipe la llamaba muy seguido, pero había ocasiones en que ella preferiría que no la llamara para no darse cuenta de todo lo que sufría. Había ocasiones, en los fines de semana, cuando sabía que la iba a llamar, en que mejor descolgaba el teléfono porque su corazón ya no le ayudaba y siempre tenía que fingir que estaba muy bien, aunque por dentro se estuviera muriendo.

Poco a poco sintió una mayor necesidad de ir a ver a Felipe; pidió un préstamo y se llevó a su hijo más chico, Emilio, quien sacó una semana de vacaciones. Él ya había arreglado sus papeles para irse a trabajar a Estados Unidos.

Doña Panchita le avisó a Felipe que iban para allá. Y se fueron. Llegaron a la frontera, sacaron sus permisos y tuvieron suerte, pues se los dieron por seis meses.

Llegaron allá con muchos regalos para Felipe y la niña. Doña Panchita les llevaba obsequios mexicanos y les hizo comidas de aquí, como tamales, y Felipe también les dio muchas cosas para el resto de la familia.

Muy pronto, Emilio se dio cuenta de que la vida era diferente en tierra ajena. Los amigos de Felipe le dijeron:

—Compa, ha llegado en el mero tiempo de la chamba. Quédese los seis meses y se lleva buena lana.

Emilio, muy decidido, pensó en quedarse y le dijo a su madre:

—Mamá, me quedo.

Su madre le dijo:

—Es tu decisión y debes pensarla bien.

Emilio, que se había casado hacía cuatro años, pensó en su pequeño hijo y le preguntó a su mamá:

—¿Y mi hijo?

Ella le contestó:

—Mira, hijo, él está muy chiquito y te necesita; yo digo que más vale comer tortillas con frijoles, pero con los tuyos, que estar acá tan lejos. Pero tú decides.

Cuando ya estaban tomando el autobús para venir de regreso, otro amigo de Felipe, un capataz, le insistió:

—Se va a arrepentir, compa.

Pero él, firme, dijo:

—No, mi hijo me va a extrañar mucho y yo a él.

Y decidió regresarse con su mamá.

A Felipe le gustaba mucho la comida mexicana y muy seguido se la preparaba a sus compañeros. Incluso le ayudaba a picar cebolla y carne a un amigo que vendía tacos en las temporadas en que no tenía trabajo. Y, dado que Felipe poseía una destreza como la de pocos, en un ratito dejaba todo listo.

Su madre pensaba: “Siquiera mi hijo no se muere de hambre porque sabe ganarse la vida. Ésa es la forma en que Felipe se entretiene sanamente. Claro que a veces se echa sus cervecitas con sus amigos y esto ocasiona pleito seguro con Felisa, pero es que ella debería comprenderlo; pero no, y así ella misma lo va a perder. Ojalá y no sea demasiado tarde cuando lo comprenda”.

Doña Panchita se la pasaba recordándolo por ser el hijo que vivía lejos. Ella estaba segura de que, si estuviera cerca de Felisa, podría ir y platicar con ella, y acabaría por entender.

Pobre Felipe: se juntó con ella pensando en que después se casarían y podría él arreglar sus papeles, pero pasó el tiempo y empezaron los problemas, y ya no se hizo nada.

Había ocasiones en que Emilio todavía le decía a su mamá:
—Me dan ganas de irme con Felipe.

Y su mamá le respondía:

—Tú sabes, hijo, es tu decisión.

Pero cuando doña Panchita le platicaba a su hijo menor cómo la pasaba Felipe, viviendo a veces con amigos, separado de su niña, él recapacitaba:

—Eso es muy triste. Aparentemente lo tiene todo, pero no es así: le falta el cariño de su familia.

—Es que Felipe tiene dos familias, pero con ninguna vive. A la niña que tiene allá no le dejan que la vea, y a la que tiene aquí la dejó que creciera sola, sin su cariño. Dios quiera que

vuelva un día, le cuente todo a su hija, le pida perdón y todo regrese a ser como era antes.

Felipe y su hija Juanita se hablaban cada semana; había mucha comunicación entre ellos, pero ella siempre guardaba la esperanza de verlo en persona, ya que solamente lo hacía por fotografías que su abuelita le enseñaba de las que traía cuando iba a verlo.

En cuanto a la otra niña, Angélica, doña Panchita abrigaba la ilusión de que Felisa reconociera que era injusta con Felipe y que, por ella, hicieran las paces.

Felipe, no obstante, se la pasaba más o menos bien allá, porque tenía muchos amigos y se había ganado el aprecio de tanta gente, como el de un señor llamado Pedro, que vivía en un lago privado. Felipe, como ya tenía dos lanchas de motor, se ponía de acuerdo con él y se iban a pescar. A veces traían unos pescados muy grandes y Felipe hacía caldo con ellos, así como ceviche. Todo lo compartía con Pedro, y también les llevaba a sus otros amigos. Pero era eso lo que Felisa no toleraba: las amistades bien cimentadas de su marido. Sentía celos del cariño de que gozaba Felipe. Por eso, había veces en que, cuando peleaban, ella le gritaba:

—¡Vete con tus novios, que te están esperando!

A él le daba mucho coraje y empezaban de nuevo a discutir. ¡Pobre Felipe! Él decía que su vida allá era como la de un perro, porque ya mejor se la pasaba solo para que su señora no se enojara. Además, el patrón le pagaba muy poco aunque trabajara horas extras y, como su compañía no estaba registrada, no le podía arreglar los papeles. ¿Qué podría hacer este muchacho?

Felipe se sentía triste porque, dado que no contaba con los papeles, no podía venir a la tierra que lo vio nacer, y sus amigos estaban en la misma situación.

Es muy triste y muy arriesgada la vida de un inmigrante, y son millones los que corren esa mala suerte de vivir de ilegales en Estados Unidos. Ojalá y un día se haga justicia porque de que son trabajadores sí lo son, pero las autoridades de aquel país nunca han tomado en cuenta ni valorado su trabajo. Si tan sólo los dejaran atravesar la frontera cada año, durante ciertas temporadas. Cómo no piensan que se trata de personas que dejan a sus padres, esposas e hijos, pero no: esas autoridades son muy frías, como si no sintieran amor por nadie. En cambio, los mexicanos somos muy diferentes: tenemos otra forma de ser y de pensar con respecto a los sentimientos y esfuerzos del trabajador por salir adelante.

A Felipe ya le había tocado sufrir mucho, pero su madre mantenía el anhelo de que un día todo se arreglara.

Doña Panchita pedía a Dios por todos aquellos que vivían fuera de su patria y que soportaban maltratos y hasta hambres, aunque ellos mismos se lo hubieran buscado.

Cuando ella hablaba con Felipe por teléfono y él le contaba, ella le decía:

—Hijo, tú mismo te buscaste esta vida. Recuerda que estabas muy bien con tu cuñado Manuel, pero tú quisiste conocer mundo y ahí tienes los resultados. No te queda más remedio que aguantarte como los hombres.

—Sí, mamá —le contestaba él—, tienes razón, pero es que ahora lo estoy pagando muy caro todo. Lo que no le di a Nora y a Juanita ahora lo estoy pagando, y muy cruelmente, sufrien-

do por no poder ir a verlas. El tiempo pasa y yo envejezco inútilmente.

Y se ponía a llorar. Doña Panchita, cuando escuchaba ese llanto, se ponía triste y pensaba en lo mucho que padecía su hijo. Otras veces, cuando le hablaba de mejor humor, ella se quedaba muy tranquila.

Antes de irse, Felipe no era muy expresivo; al contrario, era muy reseco. Pero desde que se fue, se volvió muy efusivo con su mamá y siempre se despedía de ella diciéndole que la quería mucho.

Cada vez que doña Panchita colgaba el teléfono se ponía a llorar amargamente, y se decía que era una lástima que su hijo tuviera que pasar por esas experiencias para ser capaz de manifestarle su cariño. Incluso había ocasiones en que pensaba que para qué quería la vida si no podía ver felices a todos sus hijos, y también en las pobres madres de los otros muchachos que también andaban como su hijo. Aunque ella sabía que, si Dios le había mandado esta cruz, era porque ella sería capaz de cargarla.

Doña Panchita, de todos modos, le daba gracias a Dios porque, por lo menos, nunca se había enfermado Felipe allá; si no, para ella sería la muerte. Siempre pedía por él, para que Dios le mandara salud y fuerzas para que soportara aquella vida.

Aunque Felisa tenía su carácter y maltrataba mucho a su esposo, doña Panchita la quería porque ella apreciaba mucho a Juanita, la hija mayor de Felipe: en un mueble tenía fotografías de las dos niñas y, cuando doña Panchita iba allá, Felisa le mandaba regalos a Juanita, y dejaba que Felipe le enviara dinero y regalos en Navidad y en su cumpleaños.

Como Felisa había sido abandonada por su padre, sabía cómo se sentía Juanita, y no quería que pensara que Felipe la había abandonado.

Doña Panchita, para olvidar un poco su sufrimiento, contemplaba los objetos de Felipe que guardaba: aquella hulera con la que cazaba conejos y tlacuaches, las piedras que escogía en el río porque decía que eran especiales, el pico y la pala con los que trabajaba y esa caña con la que iba a pescar. Lo recordaba cuando andaba en el campo, que tanto le gustaba, en compañía de su abuelo materno. También se acordaba de que a él le gustaba mucho comer víboras, y se preguntaba si sería por eso que había sido siempre muy sano, y que no se había enfermado allá en donde estaba, sino sólo de gripe, lo cual resultaba natural pues se trataba de un lugar muy húmedo, cerca del mar.

Recuerda cuando Felipe asombraba a los otros niños contándoles lo que hacían en el campo su abuelo y él: cazar, pescar, ir al monte, cortar elotes y asarlos, cortar chile y flores de pita que le traía a su mamá para que se las guisara. Sus amigos no conocían el monte y se quedaban muy asombrados, y hasta le preguntaban a Emilio si aquello era cierto. Él les decía:

—Sí, créanle todo lo que les dice, porque todo es cierto.

Así creció y maduró Felipe. Ya casado, todavía iba con Nora de cacería y ella se encargaba de guisarle las presas que cobraba. Además, Felipe le traía una hierba llamada poleo, porque a él le gustaba mucho tomarla en té, y a su hija también le daba.

Sus amigos lo admiraban mucho por las cosas que él sabía y que les daba a conocer. Él les decía háganle así, háganle asá, y por eso lo seguían. Aunque él era menor que ellos, les enseñaba muchas cosas y ellos se lo agradecían mucho. Hacía lo

mismo allá en donde estaba; aunque trabajaba mucho se daba tiempo para ayudarlos, y hacía los arreglos que necesitaba su pequeña *trailita*.

Se la pasaban platicando de sus años en México. Sus costumbres eran distintas porque provenían de diferentes estados: unos eran de San Luis Potosí, otros de Jalisco, unos más de Chiapas y otros, como él, de Nuevo León. Se platicaban sus sufrimientos, como el de Jacinto, quien juntó dinero y mandó por su mujer y sus dos hijos. Pero ella se embarazó allá y su condición llegó a ser de alto riesgo. Jacinto, ante la amenaza de aborto, no pudo hacer otra cosa que juntar otra vez dinero y mandarla de regreso a su tierra.

Pobres indocumentados: a veces se dan cuenta de que estarían mejor en sus tierras, aunque no ganen lo mismo que allá.

Doña Panchita estaba convencida de que también a Felipe le iría mejor aquí en su tierra porque, aunque allá ganaba bien, con dos familias ni lo disfrutaba, pues debía mandar dinero a Nora y a Juanita para lo que ocuparan, y también le daba para el gasto a Felisa, aunque a veces no vivía con ella. ¿Por qué los jóvenes no piensan en la vida que les espera como indocumentados, en los sufrimientos de sus familias y de ellos mismos? ¿Por qué no piensan en lo pesada y triste que es la vida allá? Porque, aunque ellos mismos deciden llevar esa vida, esto no evita que su familia sufra por tenerlos lejos y no poder ayudarlos. ¿Por qué, aunque todos sabemos de los sufrimientos de los que se van para allá, todavía hay personas que insisten en irse? ¿Por qué no ven que es mejor comer pura sopita y frijoles, pero unidos en familia? Quizá porque logra prosperar uno de cada cien, todos creen que les va a ir igual; pero no toman en cuenta que éstos ya tienen algún pariente viviendo

allá y se quedan en una casa segura sin pasar por tantos gastos, ni que ese familiar con el que viven es de buen corazón y sentimientos, y los ayuda, recordando lo que él mismo ha sufrido.

Allá, como aquí, si la gente está fregada te acepta tal y como eres; pero si acaso ya le ha ido bien y subió de posición, entonces ya ni te habla ni te ayuda, porque en todas partes existe la discriminación.

Quien se va para allá arriesga todo, hasta la vida, que es lo más valioso que nos regala Dios. Se arriesga a quedarse sin familia; arriesga su dinero, el cual –quizá con demasiado esfuerzo– ahorró durante mucho tiempo; se arriesga con los polleros, que a veces no tienen escrúpulos ni corazón ni sentimientos, y que los roban, los matan o los dejan en las brechas en medio del desierto, sin agua ni alimentos.

Doña Panchita, cuando lee esto en las noticias, se pregunta si estos traficantes de seres humanos no tendrán familia, y si a ellos les gustaría que alguien los tratara así. No se explica por qué le hacen eso a quienes confiaron en ellos.

También piensa en los agentes de las patrullas fronterizas, los cuales –cuando hacen sus recorridos y encuentran personas ahogándose– no les lanzan aunque sea un cable para salvarlos. Pero no. Ella supone que quizá no quieren mojar su impecable uniforme por unos pobres ilegales, y que prefieren que se los lleve la corriente para que entiendan.

¿Usted qué piensa, querido lector?

I

A usted, abuelita; sí, a usted que crió a ese par de nietos que sus padres abandonaron para seguir su sueño americano y nunca volvieron.

A usted, que con sus cansados brazos tuvo fuerzas para cuidarlos y abrazarlos, que con sus encallecidas manos acariciaba sus caritas de niños.

A usted, que se quedó con las manos vacías cuando partieron y se pregunta por qué se fueron, al igual que sus padres, a seguir ese sueño americano.

Quizá ya no los vuelva a ver, aunque eso sólo Dios lo dirá.

Esta servidora, autora de este libro, se lo dedica a usted, porque al igual que usted se quedó con las manos vacías porque su hijo también quiso vivir ese sueño americano.

II

A ti, madre; sí, a ti que con dolor trajiste al mundo hijos y les diste la vida a esos pedacitos de amor.

A ti, madre, que te desvelaste noches enteras y que no demostrabas tu cansancio, sino tu amor por tus hijos.

Tú, que en tus brazos acunaste sus sueños.

Tú, que les brindaste tus cuidados de madre.

Tú, que nunca les reprochaste nada. Simplemente los amabas.

¿Dónde están ahora?

De emigrantes.

A ti te dedico estas palabras porque, como tú, también soy madre y también tengo un hijo emigrante.

Y al igual que tú, sufro y lloro.

Y al igual que tú, tengo la esperanza de que un día volverá.

III

A ti, esposa tierna y abnegada, que al casarte viste tus ilusiones realizadas con el amor de tu vida.

A ti, esposa limpia y pura cual la flor del jardín, que fuiste siendo deshojada poco a poco hasta convertirte en mujer amada, y que enseñaste a amar. Nunca pensaste que un día te quedarías esperando al que te enseñó a amar.

A ti, esposa amada que recuerdas sus caricias, sus besos, su perfume, sigue soñando en que un día volverá, si Dios así lo quiere.

Regresará porque tú, con tu candor de inocencia pura, nunca pensaste que se te iría de emigrado.

María Librada Marroquín González es originaria de Cadereyta Jiménez, Nuevo León, en donde radica hasta la fecha. Escribió esta obra en 2004. Ha publicado *Sufrir por amor*, Municipio de Cadereyta Jiménez, 2002; *Fragmentos de una madre*, Gobierno de Nuevo León, 2004; *Los olvidados niños de la calle* y *Los estagos del sida*, ediciones de autor, 2004.

Esta edición consta de 500 ejemplares y fue impresa en los talleres de Grafo Print Editores, S.A., ubicada en Av. Insurgentes 4274, Colinas de San Jerónimo, Monterrey, N.L. Para la composición se utilizaron tipografías de la familia Baskerville. Para los interiores se utilizó papel bond ahuesado de 90 *gr* y para los forros cartulina couché de 225 *gr*. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Fondo Editorial Nuevo León.